



Foto: Internet

RELACIONES COTIDIANAS ENTRE LO URBANO Y LO RURAL

Por Nancy Negrete Martínez

El tema *Relaciones cotidianas entre lo urbano y lo rural* hizo un acercamiento a la reflexión sobre las relaciones urbano- rural, campo- ciudad, citadino- campesino. Este espacio estratégico de la ciudad se convierte en escenario idóneo para entender la dificultad de armonizar lo urbano con lo rural. Esta representación y diferenciación entre campo- ciudad está presente en las modalidades colectivas y son muy notorias; es por ello que la pertenencia o no de una colectividad urbana para los habitantes rurales, por ejemplo, es un debate doloroso, conflictivo y que aún está abierto. En este espacio de la urbe y, casi invisibilizadas, están las cholas cuencanas, ubicadas en plazas y mercados. La experiencia de las cholas cuencanas en el espacio urbano ha llevado a reconocer diferenciaciones sociales muy marcadas en la idiosincrasia cuencana y que van en contra de una voluntad homogeneizadora que todos quisiéramos practicar. A pesar de su valor simbólico, el protagonismo de la chola cuencana en el área urbana aún no ha sido reconocido.

Palabras clave: urbano, rural; campo, ciudad; chola cuencana

Relaciones conflictivas de la urbe

El presente trabajo, tiene la finalidad de reflexionar sobre las relaciones que se dan entre lo urbano y lo rural, entre el campo y la ciudad, entre el ciudadano y el campesino. De ahí que es importante presentar la idea de urbe, sus peculiaridades y discutir sobre las distancias que hay entre el uno y el otro.

La dimensión urbana de la globalización muestra las características que se reflejan en las identidades sociales, en las identidades colectivas e individuales, así como en el poder político y económico. El espacio urbano no es homogéneo, sus participaciones o acciones no son equilibradas; al contrario, las interacciones siempre están latentes en esas relaciones sociales antropológicas.

El espacio urbano real -no el concebido- conoce la heterogeneidad innumerable de las acciones y de los actores. Es el proscenio sobre el que se negocia, se discute, se proclama, se oculta, se innova, se sorprende o se fracasa. [...]. Ahí se mantiene una interacción siempre superficial, pero que en cualquier momento puede conocer desarrollos inéditos. Espacio también en que los individuos y los grupos definen y estructuran sus relaciones con el poder, para someterse a él, pero también para insubordinarse o para ignorarlo mediante todo tipo de configuraciones autoorganizadas (Delgado, 2004, p. 8).

Es decir, en la ciudad no hay objetos, sino relaciones y sus pobladores son polivalentes, polisensoriales que buscan, en la ciudad, un espacio de equilibrio y desequilibrio permanente que, así como se articulan sus relaciones sociales, también se desarticulan. En este contexto, “en la ciudad deviene un ‘espacio estratégico’: las relaciones de poder del territorio y del trabajo, se remodelan a niveles nunca alcanzados anteriormente” (Sassen, 2005, como se citó en Bertho, 2011, p. 24).

La ciudad, pensado como un espacio público estratégico, se vuelve un lugar activo donde tiene oportunidad la circulación de informaciones, de mercancías, de finanzas y de las mismas personas, en destinos que reconocemos como: iglesias, mercados, plazas, restaurantes, cafeterías o locales comerciales. Para Delgado (2004), los espacios urbanos “son escenarios idóneos para que se expresen en ellos y a través de ellos, anhelos y voluntades colectivas, creando valores y significados compartidos” (p. 124).

A pesar de que el espacio urbano se vuelve valioso para entender las identidades colectivas, cada vez encuentra más dificultades de armonizar con la dimensión rural y con las relaciones de sus integrantes. Los conflictos urbanos, como el mestizaje, no da tregua a la lógica, ya que se encuentra absorbida por unos cánones visiblemente marcados en la idiosincrasia y la cultura de su gente.

La distancia entre lo urbano y lo rural son las situaciones ondeantes, irregulares, confluencias, momentos, circunstancias que se hilvanan entre un espacio y otro que los caracteriza.

Si la cultura urbana fuera de veras alguna cosa, esta sería más bien una tupida red de relaciones crónicamente

precarias, una proliferación infinita de centralidades muchas veces invisibles, una trama de trenzamientos sociales esporádicos, aunque a veces intensos, y un conglomerado escasamente cohesionado de componentes grupales e individuales (Delgado, 2000, p. 45a).

Efectivamente, lo urbano es todo lo que se opone a una estructura sólida ya que es fluctuante, aleatoria. Se identifica aquí la urbanidad, compuesto por “esa reunión de extraños, unidos por la evitación, la indiferencia, el anonimato” (Delgado, 2000, p. 46a), individuos que están expuestos, pero, a la misma vez, cubiertos; que se vuelven visibles y simultáneamente invisibles en otros aspectos.

La ciudad ha sido testigo de conflictos que se dan entre las objetividades y subjetividades colectivas, de la presencia de culturas sociales y políticas, de la lucha de clases sociales y, también, del mestizaje. Las propias identidades colectivas locales tienen su representación. Las desigualdades sociales están presentes en la subjetividad; y, el sentido de pertenencia; por ejemplo, se convierte en un pensamiento débil en las clases sociales más bajas.

La dinámica de una relación inmaterial urbana se ha impuesto desde hace mucho tiempo atrás. Sus lógicas de gestión

no han cambiado en esencia, pues, el campesino, que llega de la zona rural, por lo general, sigue haciendo el trabajo pesado con el fin de mejorar la calidad de vida de los habitantes de la ciudad. Esta representación y diferenciación entre campo- ciudad están presentes en las modalidades colectivas y son muy notorias; es por ello que la pertenencia o no de una colectividad urbana para los habitantes rurales, entre otros, es un debate doloroso, conflictivo y que aún está abierto, sin responder aún a la pregunta de ¿quién legitima al verdadero ciudadano?

Los ciudadanos estamos unidos por una misma política, por una normalización, una nacionalidad, regidos por un mismo Estado y demás particularidades como esa necesidad de utilizar el espacio urbano para generar movimientos sociales, comerciales, políticos o económicos; sin embargo, esta coincidencia de actores y dinámica común que se da en esta globalización urbana, al parecer, se lo hace sin conciencia. Es decir, nos quedamos solamente con una estructura superficial de ciudad que nos permite un libre acceso, sin mirar al otro en todas sus magnitudes. Esta estructura se trastoca a una re-estructura cuando, en las manifestaciones sociales, se dan estallidos de violencia que se refuerzan por una movilización identitaria y, el espacio ordinario, se convierte en extraordinario. También están las fiestas de la fundación o independencia de la ciudad de Cuenca, donde señoritas revestidas, rinden homenaje a la Chola Cuencana; sin embargo, este hecho no es cotidiano.

La urbe acoge a una gran cantidad de viandantes con sus propias identidades, problemas, preocupaciones; con sus propias creencias, prejuicios, seguridades; así como también aquellos que vienen de tránsito local, nacional o internacional. La urbe da cabida a todo tipo de individuo. En este espacio de la urbe y, casi invisibilizada, está, también, la chola cuencana, una mujer mestiza campesina que se considera ícono patrimonial representativo de la ciudad de Cuenca.

La reflexión, en este sentido, va en analizar ¿cómo es la relación de la chola cuencana en la urbe? Las cholos cuencanas son fácilmente identificadas en lugares específicos destinados para ellas como las plazas y los mercados. Los espacios donde están las cholos cuencanas son aquellos donde se dan las prácticas tradicionales del comercio informal; su presencia se da de manera cíclica y son fácilmente identificadas por la relación de la venta, especialmente, de sus productos agrícolas. Estos espacios usados en la venta de productos del campo (en plazas como La Rotary, San Francisco, Las Flores y los mercados de la ciudad), fueron reclamados simbólicamente, tras luchas históricas tanto violentas como pacifistas en las que se han enfrentado, incluso, con las autoridades municipales y que, ahora, ese ‘espacio público’ lo consideran como propio; y, del cual, “la propia itinerancia suele implicar un establecimiento ritual de fronteras o centros” (Delgado, 2014, p. 44a).

Pero, ¿por qué la apropiación de las cholos cuencanas de los mercados o de las plazas? ¿por qué interrumpen su vida del campo y se incorporan a participar de la experiencia del espacio urbano? La necesidad de generar esa dinámica económica y sustento para sus familias es el principal factor motivante. Eso conlleva que aquellas experiencias que adquieren en la urbe, pongan en marcha diferenciaciones sociales muy marcadas en la idiosincrasia cuencana y que vayan en contra de una voluntad homogeneizadora que todos quisiéramos practicar.

El uso extraordinario que recibe la calle o la plaza es una expresión más de cómo una comunidad real o sólo virtual, histórica o provisional, socializa el espacio, se apropia de él para convertirlo en soporte para la creación y evocación de significados, territorio en el que amontonar signos de una manera que nunca es caprichosa [...] usufructos específicos del espacio público por parte de una colectividad que, inmóvil o itinerante, nunca escoge en vano sus preferencias espaciales (Delgado, 2014, p. 41a).

En la urbe, la chola cuencana no tiene el mismo protagonismo que en el sector rural; está atrincherada en lugares específicos que han sido destinados para ellas y que, también, se lo han ganado como resultado de algunas luchas que las afrontaron en este mismo espacio urbano; pero es a este puñado de cholos a quienes buscan todo tipo de personas para socializar con ellas, aunque sea, por unos pocos segundos; son evidentes intercambios de miradas, palabras, gestos, simbolismos, percepciones o sensaciones que se hacen presentes cuando compra los productos del campo, porque, en la ciudad, ellas son quienes garantizan que, efectivamente, esos productos provengan del campo. Todas estas relaciones responden a una compleja articulación de tiempo y espacio; Delgado (2000) llama las relaciones de las sociedad urbanitas, destinada no a los habitantes de la ciudad “sino a los usuarios- productores de lo urbano” (p. 47).

Por otra parte, las cholos cuencanas se vuelven personajes asignificativos en este marco de la interacción de relaciones de tránsito: impersonales, superficiales, segmentarias que tienen como fin el interés y desinterés mutuo. Es decir, la vida urbana está constituida de encuentros fugaces; sin embargo, se empeña, también por reconocer ciertas formas de relación social y de encontrar,

en ellas, unos mínimos de cohesión, aunque a veces resulte, que no tiene coherencia y es, por esa misma mirada de superficialidad o de distanciamiento, lo que le vuelve, asimismo, una relación social inestable y frágil (Delgado, 2003).

La presencia de la chola cuencana en el área urbana se la ve solo desde la mirada instrumental mas no desde la simbólica. Es de preguntar ¿cuándo la chola cuencana alcanza niveles máximos de protagonismo en estos espacios? Su apropiación en la ciudad se da, en escenarios destinados cotidianamente para ellas, como ya se dijo, mayoritariamente en los mercados o las plazas, donde se vuelven ordinarias porque diferencian exactamente los tiempos y espacios de su entorno; pero también, son extraordinarias porque no pueden pasar como personajes anónimos ya que su mismo valor simbólico de ser cholos cuencanas, trasciende en esta cotidianidad.

A pesar de que, los viandantes no descifren el mensaje que las cholos cuencanas transmiten, su memoria y su sentido último estará presente, porque la chola cuencana es un símbolo de identidad cultural de la ciudad de Cuenca y de la región; y, permite enlazar el pasado y el presente, las tradiciones y las etnias, la zona urbana y rural, así como, expresar también, el sentir humano y social de la población cuencana.

Civilización y rusticidad

La oposición entre el campo y la ciudad es muy antigua. La misma palabra *civilización* es un derivado del latín *civitas* = ciudad; mientras que *incivil*, que debería significar solamente *no civil*, está definido en el *DLE* como “falta de civilidad o cultura. //2. Grosero, mal educado”. Una palabra cercana a *civitas* es *urbs*, definida como población rodeada por una muralla, ciudad. De *urbs* se ha derivado *urbanidad*, que debería significar algo así como las cualidades propias de la *urbs* o de la gente que vive en ella. Sin embargo, el *DLE* la define como “cortesía, comedimiento, atención, buen modo” (Encalada, 2020, p. 8).

La pareja formada por *civilización* y *urbanidad* encuentra su opuesto en la pareja *barbarie* y *rusticidad*. Como se trata de una oposición, la barbarie es lo contrario de la civilización; y, barbarie se define así: “rusticidad, falta de cultura. //2. Fiereza, crueldad” (RAE, 2018). Y, naturalmente, *barbarie* es un derivado de *bárbaro* que, inicialmente, significa *el que no habla la lengua griega*. Lo contrario de la urbanidad es la rusticidad (derivado del latín *rusticus* y esta de *rus* = tierras cultivadas o no. *Rústico* está definido en el *DLE* como “tosco, grosero” -en la segunda acepción-. En latín había también la palabra *ager*, que significaba *campo*. De ella, se ha obtenido: *agreste*, en el sentido de: //2 “áspero, inculto, lleno de maleza. //3. Rudo, tosco, grosero, falta de urbanidad” (RAE, 2018).

En esta oposición entre el campo y la ciudad se favorece a la ciudad. Así lo han visto algunos escritores ecuatorianos:

La vida urbana; esta sí vale la pena. En el campo: bosques impenetrables, pampas abrasadas en el estío, que luego desaparecen sumergidas en un mar de agua cenagosa. Playas; gente zafia, borrachona, la tisis y el paludismo, paseándose de brazo, descuajados de risa, y dándole broma a la madre tierra por su fecundidad

inagotable” (Baquerizo Moreno, 1946, como se citó en Encalada, 2020, p. 5).

Debido a esto es que incluso se ha creado un refrán: “El campo empretece y entontece. Con esa cara quemada has traído lela el alma” (Bustamante, s/f, como se citó en Encalada, 2020, p. 5).

En la ciudad está el poder en toda su magnitud. Esta necesidad de pertenecer o identificarse con la ciudad ya era vivida en tiempo de los griegos: En oposición a la aristocracia “la mayor parte del *demos* vivía en el campo; eran llamados conípodos, pies empolvados, (*Konípedes*) seguramente por el espectáculo de sus pies al entrar en la ciudad” (Burckhardt, 1953, como se citó en Encalada, 2020, p. 5).

Y en el caso ecuatoriano, un habitante rural no puede aspirar a ser considerado como noble. Al hablar de Ignacio de Veintimilla se dice lo siguiente: “El pobre Ignacio Jarrín, oriundo del pueblo de Cayambe, nieto de mayordomos rurales, es hoy Ignacio de Veintimilla” (Montalvo, 1975, p. 349). En este caso, la palabra *de* que antecede al apellido es lo que le da el tinte de nobleza (Encalada, 2020, p. 9).

Lo de *blanco* y lo de *indio* son categorías que pertenecen al ámbito de lo racial; sin embargo, dentro del contexto del *urbecentrismo* como lo menciona Encalada (2020) se transforman en conceptos culturales – espaciales, en el que se reconoce que lo campesino es lo indio y lo ciudadano es lo blanco, como lo dice el autor azuayo:

Se llama indio al que usa poncho, vive en el campo y toma chicha, aunque sea de ojo azul, poblada barba y buena cara; en cambio, por caballeros se entienden a cuantos viven en la ciudad, usan buenos casimires, beben licores finos y frecuentan los estrenos cinematográficos, aunque tengan cara de murciélagos, pelos desde las cejas, cutis color de ceniza y lampiña barba (Cevallos, 1988,

como se citó en Encalada, 2020, p. 11).

El urbecentrismo se manifiesta, también, como un prejuicio de superioridad sobre el campesino que tiende a que el campesino sea aprovechado por el ciudadano.

Para contribuir a clarificar la interculturalidad del país no es suficiente reconocer las vertientes clásicas de la cultura europea dominante y la ancestral indígena, sino entender también las características de la mayoritaria mestiza. Es indudable la carga racista y discriminatoria de ciertos etnónimos que, en una sociedad de castas y estratos, más o menos cerrados, contribuyó para identificar el rol económico-social de los integrantes de un mundo amplio, complejo y marcado por la territorialidad campo- ciudad; Acaso ahora, todo depende, en nuestro parecer, del contexto en el que se pronuncien o escriban, vocablos como burgués, proletario, pelucón y otros, que apuntan también a discriminar y envilecer, de acuerdo, insistimos, al contenido que se le quiera dar? (Encalada, 2020).

Delgado (2003) hace un llamado a favor de recuperar el giro posromántico que el naturalismo romántico encarna y encontrar lo esencial: “no en lo que transporta un un campesino, por ejemplo un objeto sagrado o un saco de

patatas, sino el peso exacto de lo que transporta” (Deleuze y Guattari, 1994, como se citó en Delgado, 2003, p. 30); es decir, no importan formas, temas o materias, sino energías, densidades e intensidades. Una idea desoladora es que, por más que la chola cuencana participe directamente en la producción de alimentos agrícola para los de la ciudad, por más que tenga una posición económica alta, por más que su comercio evidencie años y años de trabajo en el mismo lugar de la zona urbana, el campesino siempre será campesino.

Se puede concluir que la urbe no es igual para todos. No hay espacios neutrales, la urbe es de los dominantes, de quienes tienen el poder económico, político, social, educativo y hasta cultural. La urbe desvirtúa sus espacios y muestra a los viandantes cosas que no son.

En este sentido, a la chola cuencana aún le falta recuperar el protagonismo que implica esa apropiación colectiva de una identidad que, aunque esté en lo urbano, debe reconocerse como rural. La chola cuencana aún no sabe qué identidad es la que reclama o cuál es la que debe reconocerse al exponerse a esta ritualización del espacio urbano. El primer paso es tener conciencia de la representatividad de identidad individual y, luego, colectiva (lo que continua en la memoria del otro); así como de los procesos y de su historia.

Referencias bibliográficas

- Baquerizo Moreno, A. (1946). *El señor Penco*. Quito: Ecuatoriana.
- Bertho, A. (2011). Revueltas: la otra globalización urbana. *Artículos y notas de investigación*, 23-29.
- Burckhardt. (1953). *Historia de la cultura griega*. Barcelona: Iberia.
- Bustamante, J. (s/f). *Para matar el gusano*. Quito: Clásicos Ariel.
- Cevallos, E. (1988). *Maldito el campo, en Obras casi completas*. Cuenca: Banco Central del Ecuador.
- Delgado, M. (2000). Etnografía de los espacios urbanos. *Universidad de Barcelona*, 45-54.
- Delgado, M. (2003). Naturalismo y realismo en la etnografía urbana. *Revista Colombiana de Antropología*, 7-39.
- Delgado, M. (2004a). De la ciudad concebida a la ciudad practicada. *Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura*, 7-12.
- Delgado, M. (2004b). Del movimiento a la movilización. Espacio ritual y conflicto en contextos urbanos. *Centro de Promoción de la Cultura Popular de Catalunya. Universidad de Barcelona*, 125- 160.
- Delgado, M. (2014). Espacio público: discurso y acción. El papel de la calle en las movilizaciones sociales a principios del siglo XXI. *Departamento de Antropología Social de la Universidad de Barcelona*, 37-60.
- Encalada, O. (2020). *El Chazo*. Cuenca: Texto de próxima publicación de la Universidad del Azuay.

Anexos

Las cholas cuencanas en la cotidianidad de la urbe:



En los mercados de la ciudad de Cuenca.
En la representación del Mercado 10 de Agosto.



Durante el descanso, luego de la comida, junto a la orilla del río Tomebamba.
Venta ambulante junto a la Catedral de La Inmaculada.



Vendedora del Mercado Feria Libre.
Cholas cuencanas en la plaza de las flores.

